PARA UN APURO UN AMIGO.

Comedia en un acto,

de D. Juan J. de Arenas.



Cadiz.

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Juan B. de Gaona,
plaza de la Constitucion número 11.
1849.

AL SEÑOR
DON JOSÉ PALACIO.

Al dedicar á V. esta pequeña produccion le suplico la considere cual un testigo fiel de la amistad que le profesa

EL AUTOR.

PERSONAS.

EDUARDO.
CAMILA.
EUSEBIO.
PAULINA.
ROSA.
JOAQUIN.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una habitacion de una casa particular: puertas á la derecha, á la izquierda y al foro: algun mueblaje, etc.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, JOAQUIN.

JOAQ. ¿Hasta cuando has de seguir
dura como un pedernal
sin que te ablanden mis ruegos?
¿No ves que á matarme vas
con esos desdenes bárbaros
y ese genio antisocial?
Escucha, casta doncella,
escucha, por Barrabás,
la historia de estos amores
que me van á disecar:
te diré que hace dos meses,
¿dos meses? y.... ¡mucho mas!
que estoy por esos dos ojos

ardiendo como un volcan.

ROS. Finge usted perfectamente....

JOAQ. Yo fingir! lengua mordaz;
se conoce que no sufres
esta candela voraz
que me tuesta el corazon
como si fuera de pan.
Convéncete, ponme á prueba,
en observacion novial,
y si pasados diez dias
no decantas mi lealtad,
me voy al muro del norte
y me zabullo en el mar.

ROS. Me convengo. Ya verémos
si lo que dice es verdad.
Por supuesto que sus fines
espero yo que serán
lícitos....

JOAQ. ¿Pudiste, pérfida,
ni un solo instante dudar
de mis castas intenciones
y de mi moralidad?
Yo te amo, te idolatro
en el terreno legal,
con el objeto plausible
de conducirte al altar
y darte de esposo.... un *sí*
que se oiga en Yucatan.
¡Cuánto deseo ese momento,
ese instante celestial
en que tú llegues á ser

finca de mi propiedad,
y pueda yo libremente
de mis derechos usar.

Ros. Así me gustan los hombres,
que tengan formalidad.

Joaq. En eso no haya cuidado,
te juro he de ser formal.
Oh qué dicha! qué ventura!
Yo creo que voy á estallar.
Dáme por Dios.... un abrazo
de nuestro pacto en señal.

Ros. No lo dije?

Joaq. Vida mia,
no me hagas desesperar.
Dáme un abrazo, mi bien,
que Dios te lo pagará.

Ros. En siendo esposos.

Joaq. Qué flema!
¿Y quién se aguarda hasta allá?
Otórgame ese adelanto
antes del acto nupcial.

Ros. Quieto.... creo que la señora
á este sitio va á llegar.

Joaq. Sí: vendrá aquí á lamentarse
como siempre de ese mal
que la atormenta, y que nadie
ha podido averiguar.
Adios, Rosa, no me olvides.

Ros. Si usted se porta tal cual,
acaso me compadezca
de su amante enfermedad.

JOAQ. Bueno, bueno. Usted discuta
mi proyecto marital.

ROS. Pondré la instancia al despacho,
y verémos....

JOAQ. Bien está.

(Vase Joaquin por el foro.)

ESCENA II.

ROSA.

No sería mal matrimonio:
y ello es preciso pensar
cómo y cuándo me establezco,
porque mi tiempo se va.
Además, que la mujer
en el valle terrenal,
si tiene alguna mision,
es un marido atrapar.
Yo, que soy doncella íntegra
sin ninguna nulidad,
que sé bailar la mazourca,
y la gavota, y el vals,
¿he de estar siempre llorando
mi cesantía conyugal?
Este Joaquin no es mal mozo,
aunque algun tanto informal:
mas si cae en la red, bien pronto
lo llego á domesticar:
le voy á dar esperanzas:
veinte años tengo ya

y si pronto no me caso,
me da alguna enfermedad.

ESCENA III.

Dicha y CAMILA *por la izquierda.*

ROS. Muy buenos dias, señorita,
¿se encuentra usted hoy mejor?
CAM. Cada dia me hallo peor.
Esta enfermedad maldita
que me oprime y me devora
con su maligna influencia,
no permite á mi existencia
de sosiego ni una hora.
ROS. ¿Pero qué es lo que usted siente?
CAM. Siento aquí.... en el corazon....
ROS. El qué?
CAM. Una titilacion
que me llega hasta la frente.
¿Mi médico aun no ha venido?
ROS. No, señora, y ya se tarda.
Le voy á avisar?
CAM. Aguarda,
tal vez se haya detenido.
Dios quiera que esté ligero
en llegar, porque si no
viene pronto, lo que es yo
seguramente me muero.
ROS. ¿Pero es posible, señora,
que ese incomprensible mal

no tenga nombre formal?
CAM. No se le encuentra hasta ahora.
ROS. Y el médico?
CAM. Le prevengo
que me mire y me analice.
ROS. Y qué dice?
CAM. Luego dice
que no sabe lo que tengo.
Mucho de pulso, eso sí;
y de gastarme el tirano
de papel casi una mano
en recetar para mí.
Pero, hija, ya lo ves,
á pesar de tanta cosa
estoy, toda yo, ruinosa
de la cabeza á los pies.
ROS. Vamos ¿á que yo adivino
el orígen de ese mal?
Tiene usted cierta señal...
CAM. ¡Jesus, y qué desatino!
ROS. Usted tiene, y no me engaño....
CAM. ¿Qué es lo que tengo, mujer?
ROS. Apariencias de tener
sucesion en este año.
CAM. Vamos, estás delirante.
ROS. No deliro por el cielo.
Bah! si conozco yo al vuelo
ese estado.... interesante.
Pues cómo ¿esa palidez
no anuncia, por esta cruz,
que va usté á dar pronto á luz

tres párvulos de una vez?

CAM. Muchacha, ¡qué obstinacion!
No te ha dado mal capricho!

ROS. Jesus!

CAM. El doctor me ha dicho
que no tendré sucesion.

ROS. Eso mis sospechas trunca.
Pues yo á la verdad creia
que esa la causa sería....

CAM. Además, no escupo nunca.

ROS. Entonces, ¿qué enfermedad
es esa que aqueja á usted?

CAM. Hija mia, yo no lo sé.
Es una calamidad
que su vuelo en mí detiene.
Ay! es muy mala fortuna
estarse muriendo una
sin saber qué es lo que tiene;
á pesar de que he observado,
sin ir fuera de sentido,
que este mal me ha acometido
despues de haberme casado.
Recuerdo que de soltera
estaba yo en plenitud
de robustez y salud,
mas me casé, suerte fiera!
y desde aquella ocasion
en que me dieron marido,
¡cuánto, cuánto ha padecido
mi antigua constitucion!
Me dan accesos soberbios,

tengo perdido el color,
y soy víctima ¡oh dolor!
de tanto ataque de nervios!
De píldoras y de quina
mi cuerpo es un arsenal;
y esta fiebre habitual
me consume y me asesina.

Ros. Tambien hay mucha aprension
en usted.

Cam. Y vuelta al tema:
lo que tengo es el sistema
sensible en revolucion....
lo cual es.... muy peligroso.

Ros. Tenga usted serenidad
y cede la enfermedad.
Aquí se acerca su esposo.

ESCENA IV.

Dichas y Eduardo.

Eduard. Buenos dias: ¿cómo te sientes?

Cam. Esposo mio, desfallezco,
y pronto, pronto perezco.

Eduard. Siempre tienes en las mientes
esas ideas funerales:
tantos melindres desecha.

Cam. Melindres!.... cuando estoy hecha
una balija de males.

Ros. Sosiéguese usted, señora.

Cam. Sí, me voy á descansar.

Dáme el brazo.
EDUARD. A no dudar.
(*La acompaña hasta la puerta de la izquierda.*)
Acompáñala tú ahora. (*A Rosa.*)

ESCENA V.

EDUARDO.

¡Está buena mi mujer!
siempre débil, siempre mala.
Lo que es yo, puedo decir
que no me sirve de nada.
Parece que el mismo diablo
en derredor nuestro anda
desde que la madre Iglesia
nos enlazó en cuerpo y alma.
La boda, que es un jarabe
que sienta á toda muchacha;
la boda, ese talisman
que insurrecciona á las faldas,
ha hecho en mi amada esposa
mas estrago que una bala.
Desde la noche de novios
está convertida en maula.
Si la cabeza me duele,
si tengo fatigas, ansias,
si el pulmon se desconcierta,
si se me cae alguna entraña,
esa es su conversacion

por noche, tarde y mañana.
Con sus mil padecimientos
se parece mucho á España,
que nadie su mal conoce
y todos ven que está mala.
Yo que siempre deseé
un hijo que me heredara,
me llevé un solemne chasco;
pero en cambio aquí se hallan
en profusion, cuantas drogas
confecciona la farmacia:
no sé como existe cuerpo
que resista la metralla
de cáusticos, sinapismos,
píldoras y cataplasmas
como mi esposa se aplica
al cabo de la semana;
felicidad, dónde estás?
tengo ya conviccion harta
que solo podré encontrarte
bastante lejos de casa.

ESCENA VI.

Dichos y JOAQUIN *por el foro.*

JOAQ. Señor...
EDUARD. Qué se ofrece?
JOAQ. Aquí
dejan para usté esta carta. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EDUARDO.

¿Quién de escribirme tendrá
en este mes la humorada?
Bien está: rasgo la oblea,
veré lo que aquí se estampa.

Leyendo. «A las 4 llego á esa, querido Eduardo: he tomado señas de tu casa y espero me aguardes á la espresada hora; además te advierto es necesario me hagas preparar una buena mesa, pues pienso ir á comer contigo: casi he pasado un mes sin verte, y aunque cometo una imprudencia en ir sola hasta esa, no he vacilado un momento en tener el gusto de abrazarte.»

«Tu futura esposa, Paulina.»

Oh! que fatal compromiso,
cuando apenas me acordaba...
es cierto que yo la dí
de casamiento palabra,
pero si ya estoy casado
con otra ¡suerte menguada!

y va á venir á las cuatro
y son ya las tres, caramba!...
Cómo salvaré el abismo?
Si aquí las dos se encontráran
iban á armar una guerra
mas atroz que la de Italia.
Por otra parte, quisiera
ver á Paulina... ¡qué guapa!
al fin recuerdo que es una
de mis víctimas pasadas,
una viudita tan dulce
como el turron de mi patria.

ESCENA VIII.

Dicho y Eusebio.

Eduard. Adios, doctor de mi alma.
Euseb. Qué tal sigues?
Eduard. No muy bien.
Euseb. Y tú esposa?
Eduard. Ya esperaba
tu visita.
Euseb. Voy á verla.
Eduard. Escúchame, Eusebio.
Euseb. Habla.
Eduard. Yo estoy en un compromiso
atroz, y no hallo escapada
que pueda á salvo ponerme,
me amenaza una desgracia...

EUSEB. A ver el pulso.
EDUARD. No es eso,
tiene esto mas importancia.
EUSEB. Algun golpe? Con que tomes
un poco de calaguala...
EDUARD. Me quieres dejar hablar.
EUSEB. Vamos, ya me callo, habla.
EDUARD. Mira, antes de casarme
tuve relaciones amplias
con una viuda cesante
que en los veintidos frisaba;
ella tuvo compasion...
yo no tuve de ella lástima,
le dí palabra de esposo
y confiada en tal palabra
dulcificó mi existencia
durante cinco semanas:
trascurrió despues un mes
y como todo se pasa,
me olvidé de sus hechizos;
ví á Camila, era mas guapa
y con ella me casé.
Ahora recibo esta carta.
(*La toma Eusebio y la lee.*)
EUSEB. Muy mala es tu situacion.
EDUARD. Es atroz, patibularia....
EUSEB. Si encontráras algun medio.
EDUARD. Apelemos á una farsa,
confabúlate conmigo,
formemos dupla alianza,
vamos á confederarnos

sé mi cómplice y me salvas,
me libras y me esceptuas.

EUSEB. Que torrentes de palabras!

EDUARD. Qué quieres, cuando está uno
á vista de una desgracia,
lo que es el entendimiento
se aguza, afina y alarga,
y se calculan mil cosas
para salir de la barra,
del apuro, del aprieto...

EUSEB. Ya de sinónimos basta:
relátame el plan que tienes
en cuatro frases, acaba...

EDUARD. Voy á esplicarme, verás...
mas antes dáme esperanza
de hacer lo que yo te diga.

EUSEB. La doy.

EDUARD. Un millon de gracias.
Ya sabes que va á venir
á las cuatro esa muchacha;
yo he pensado lo siguiente:
mi esposa hoy está bien mala,
en tí... tiene mucha fe...

EUSEB. Y qué tiene que ver?

EDUARD. Calla...
Con que la digas que está
fuertemente amenazada
de una erupcion de viruelas
ó de un ataque de asma,
que el diagnóstico es horrible,
que el pulso el fandango baila,

y que es preciso que deje
á Cádiz, y que se vaya
al Puerto, con cuyos aires
esa enfermedad se ataca;
ella me dejaba el campo
y así todo se arreglaba.

EUSEB. Hombre! eso es envilecer
la noble ciencia hipocrática,
¿qué dirá el mundo, si sabe?....

EDUARD. Qué te importa el mundo? nada:
consiente, consiente en ello
así venga sobre España
un tifus, una epidemia,
contagio, cólera ó plaga
que te brinde mas enfermos,
que tiene pueblos un mapa.
Tú no sabes el apuro,
la soga que á mi garganta
se apresta en este momento;
vamos, decídete... ¿callas?
he triunfado, lo conozco.

EUSEB. Qué quieres, hombre, que haga,
para un apuro un amigo
casi casi nunca falta.
y aun cuando sé que obro mal
dando principio á una farsa,
la emprendo en obsequio tuyo.

EDUARD. Oh! bendita sea tu alma,
bendita la medicina;
es mi complacencia tanta,
que te daria... hasta un beso

si fueras mujer y guapa;
pero hácia aquí se dirige
mi esposa, te dejo amplias
facultades de decirle
que es preciso que se vaya:
aquí en esta habitacion
aguardaré lo que salga.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IX.

Eusebio: *en tono irónico.*

Esculapio, insigne Dios,
en cuyas inmensas aras
las pestañas me he quemado
entre el Boyer y Mosácula,
disimúlame, perdóname,
si hoy te tomo por pantalla
para hacer un gatuperio
de los muchos que se fraguan.

ESCENA X.

Dicho y Camila.

Cam. Doctor, buenos dias!
Euseb. Qué tal?
Cam. Muy mala: siento unas náuseas,

unos estremecimientos...
tiéndame usted una ojeada,
examine mi semblante.

EUSEB. No, no desmiente la cara
el que hay en el interior
principios de una borrasca.

CAM. Y qué será?

EUSEB. Lo verémos,
la medicina no falla:
siéntese usted.

CAM. Ya me siento.

EUSEB. Ahora, relacion jurada
hágame usted de lo que
mas la incomoda y agrava.

CAM. Anoche (estaba tan buena!...)
á la hora acostumbrada,
despues de tomar un vaso
de cocimiento de malvas,
para descansar un poco...

EUSEB. Qué hizo usted?

CAM. Fuíme á la cama;
estaba yo tan tranquila,
ni la tos me incomodaba,
ni las sienes me latian;
así pues, entre las sábanas
de mi catre hospitalario
á acurrucarme empezaba,
cuando á eso de la *una*
sentí una horrible punzada...

EUSEB. En qué sitio?

CAM. En una oreja:

despues tuve así unas ansias,
y tal miscelánea fiera
de malestar y de rabia
que destrozé con un diente
el forro de la almohada.

Euseb. A ver el pulso?

Cam. Aquí está.

Euseb. Se encuentra usted preparada
para sufrir el ataque
de una calentura rápida,
que ya se va aproximando
y viene á marchas forzadas.

Cam. Y qué nombre tiene eso?...

Euseb. Usted va á tener... tercianas.

Cam. Jesus! Y es muy peligroso?

Euseb. Es enfermedad muy mala,
cuando ya la pubertad
se encuentra desarrollada.

Cam. Doctor, y qué debo hacer?

Euseb. Esta ciudad es contraria,
el clima no favorece,
y ello es preciso atacarlas
porque si nó... de seguro
va á haber aquí una desgracia.

Cam. Usted me asusta!

Euseb. Preciso
es que con suma eficacia
se marche usted unos dias
al Puerto.

Cam. Sí, sí, mañana
me iré en el primer vapor

que para ese punto salga.
EUSEB. Qué mañana! es imposible!
Si aquí usted la noche pasa
yo no respondo... la fiebre
cada vez está mas alta,
nada... es imprescindible
que ahora mismo usted se vaya.
CAM. Ay! yo dejar á mi esposo! (*Llorando.*)
Ay! yo abandonar mi casa!

ESCENA XI.

Dichos y EDUARDO.

EDUARD. Para un apuro, un amigo (*Apart.*)
Por qué de ese modo clamas?
CAM. Porque estoy, segun me dicen,
de la muerte en la antesala.
EUSEB. Yo, como amigo te hablo,
es medida necesaria
el que tu esposa se marche
sin esperar á mañana,
sino se espone.
EDUARD. Se espone?
EUSEB. Sin duda alguna.
EDUARD. Pues nada,
no hay que dudar: á las tres
y media el vapor se marcha;
tú eres primero que todo,
(*A Camila.*)
yo me quedaré aquí en casa.

con Joaquin: llévate á Rosa.

CAM. Y qué, tú no me acompañas?

EDUARD. Es imposible, mujer,
tengo multitud de cartas
que escribir para esta noche,
harto lo siento en el alma:
además un corredor
que estoy aguardando: nada,
con ese mismo vestido
te pones muy pronto en marcha,
á cualquiera del vapor
preguntas por una casa
de pupilos, y en el Puerto
hasta estar buena te instalas.

EUSEB. Con que decídase usted...

CAM. Me iré.

EDUARD. (Divina palabra!) *(Aparte.)*

EUSEB. Vuelvo dentro de un instante.

CAM. Tan pronto...

EUSEB. Voy á una casa....
y torno aquí con ustedes.

EDUARD. (Este amigo es una alhaja.)
(Vase por el foro.)

ESCENA XII.

CAMILA, EDUARDO.

CAM. Con que no puedes venir
en union conmigo al Puerto?

EDUARD. Camila mia, es lo cierto;
tengo, pues, que concluir
un negocio muy urgente...
va á llegar un corredor...
si nó... contigo al vapor
(*Eduardo en toda esta escena debe hablar irónicamente.*)
volára gustosamente.
Ay de mí! bien sabe Dios
que me aflige y asesina
esta ausencia repentina
que va á haber entre los dos.
Mas si peligra tu vida,
si se ha de aumentar tu mal,
el viaje es esencial,
no me opongo á tu partida.
Antes con afan sincero,
pues que así el alivio hayas,
te suplico.... que te vayas....
por lo mucho que te quiero.

CAM. ¡Cuánta, cuánta abnegacion!
¡qué leal, qué consecuente!
Ah! tu palabra elocuente
me conmueve el corazon.

EDUARD. Ten valor por Belcebú,
calma tu doliente afan....

CAM. ¡Cuántas, cuántas desearán
un marido como tú,
que solo piensa en su esposa,
que solo vive por ella!

EDUARD. Sobre todo, cuando es bella

cual lo eres tú, y cariñosa;
aquel que llega á obtener
tan envidiable fortuna,
debe amar tan solo á una,
es decir, á su mujer.

CAM. ¿Y cuándo hablas tan amante
me alejaré de tu lado?

EDUARD. Lo exige tu mal estado;
ay! yo lo siento bastante.
No te puedes figurar
lo que aquí yo esperimento
cuando veo llega el momento
en que te vas á marchar.

CAM. Déjame al menos que llore,
que llore y que me lamente,
y que mis pesares cuente,
y que mis males devore.
Y ya que esta enfermedad
hace que de casa huya,
lleve una memoria tuya
siquiera, á mi soledad.

EDUARD. Un recuerdo....

CAM. Sí, querido.

EDUARD. (¿Qué la doy?) Será al instante.

(*Registra las faltriqueras del frac y saca un guante.*)

Toma, mi bien, ese guante...
retrato de tu marido.

CAM. Será de mi mal sosten:
(*Tomando el guante.*)
Mis penas le he de contar.

EDUARD. Cuéntale, sí, tu pesar,
que él se enterará muy bien.
(Es mucha mujer, ¡qué pasta!
(Aparte.)
nada, nada ha vislumbrado
del plan que está concertado:
desciende de buena casta.)
Mas ya que el recuerdo dí
satisfaciendo tu gusto,
me parece, hija, es muy justo
el que exija otro de tí.

CAM. Con efusion singular
te otorgaré tal presente;
toma, toma ese pendiente
que procede del bazar.
(Se quita un zarcillo y lo presenta á Eduardo.)

EDUARD. ¿Qué hago yo con un zarcillo?
Toma ese lienzo.... mi gloria
(Saca un pañuelo y lo entrega á Camila.)
y déjame.... por memoria....
(Con aire burlon.)
de lágrimas.... un cuartillo,
y despues le guardaré
cual iman de simpatías:
y todos, todos los dias
sobre mí.... lo esprimiré.

CAM. Sí.... he de llorar: ahí le tienes
(Se aplica el pañuelo á los ojos y despues lo entrega á Eduardo.)
como una esponja empapado.

EDUARD. Ven, talisman.... remojado,

á refrescarme las sienes:
no temas, nó, que se pierda,
pura y..... cándida mujer:
siempre aquí.... lo he de tener
(Lo coloca en el pecho.)
sobre una costilla izquierda.
Pero ya el tiempo se pasa,
Camila, vé á prepararte.

CAM. Me pesa tanto el dejarte....

EDUARD. Te sienta mal esta casa.

CAM. Vóime otro traje á poner.

EDUARD. Nó, estás bien: ponte un sombrero.
El viaje es tan ligero....

CAM. Eso mismo voy á hacer.
(Vase Camila por la izquierda.)

ESCENA XIII.

EDUARDO.

¡Oh qué humana condicion!
¡qué punible falsedad!
¡con cuánta facilidad
se maneja la ficcion!
Tal cosa al siglo presente
como á un molde se acomoda,
porque está casi de moda
decir.... lo que no se siente.
Ya me llego á convencer
de que aquí, como en Castilla,

es la cosa mas sencilla,
engañar á una mujer.
Mujeres, mucho sabeis,
sois aptas para mentir;
mas vuestras armas medir
con nosotros no podeis,
que aunque á todo hallais salidas
y vuestro talento asombre,
al competir con el hombre
habeis de quedar vencidas.
Cierto, y preguntad si nó
á las que oyéndome están,
y ellas mismas os dirán
lo mismo que os digo yo.

ESCENA XIV.

Dicho y EUSEBIO *por el foro.*

EDUARD. Oh Eusebio del alma mia,
(Abrazando á Eusebio.)
te debo mi salvacion,
eres el mas caro amigo
que en esta tierra existió
desde la invasion del moro
hasta la fecha de hoy,
eres mi ángel tutelar;
y ha sido tal el favor,
que te diera hasta la vida
en justa compensacion.
EUSEB. Te quieres callar, Eduardo.

si me he portado así yo,
solo ha sido por sacarte
de ese compromiso atroz.

EDUARD. Yo no menos esperaba
de tu leal corazon;
ah! si algun dia soy ministro
ó alguna cosa mayor,
si me encumbro y me remonto
de la Hacienda hasta el sillon,
de una de las tres Antillas
te nombro gobernador.

EUSEB. No aceptára, temo mucho
pasar el mar.

EDUARD. ¡Qué tonton!
de aquí á la Habana en un vuelo
se llega, cosa mejor!
como un duque allí te instalas
y doblon sobre doblon,
al cabo de pocos años
eres un hombre de pró.
Vuelves entonces á Cádiz
entre uno y otro millon
y serás el mayor genio
que en el mundo apareció:
todos dirán ¡qué portento!
es un talento precoz!
qué fino, cuánta elegancia!
qué esmerada educacion!
su amistad te dará el hombre
y las hermosas su amor,
y las viejas su influencia,

y las tias su intercesion:
y tu fama volará
mas que una pluma veloz
desde Cádiz á Sevilla,
desde Sevilla á Leon:
porque, Eusebio, desengáñate,
aquí como en el Mogol,
para tener algun mérito
se necesita..... un millon.
Si yo llego á ser ministro,
te has de embarcar, vive Dios.
Además, las habaneras
tienen tan buen corazon....
Dicen que son muy amables,
muy lánguidas.... ya... el calor
del trópico influye mucho
en toda su complexion. (*Pausa.*)
Ya mi esposa se ha alistado,
acompáñala al vapor.

EUSEB. Me llena esa confianza
de dulce satisfaccion.

ESCENA XV.

Dichos: CAMILA *y* ROSA.

CAM. Con que, vámonos, Rosita.
¿Se olvida algo?

ROS. Creo que no.

EDUARD. Camila, se va la hora.

EUSEB. Las tres y cuarenta y dos.
(*A Camila.*)

EDUARD. Vé, esposa.
CAM. Adios. ¡Oh qué pena!
EDUARD. No puedo mas... véte... Adios.
(*Abrazando á Camila.*)
Mañana por la mañana
apenas despunte el sol,
te escribiré.... si me deja
escribir esta afliccion.
EUSEB. Vamos, el vapor no aguarda.
CAM. Tome usted mi brazo. (*A Eusebio.*)
(*A Eduardo.*) Adios.
(*Vanse por el foro todos menos Eduardo.*)

ESCENA XVI.

EDUARDO.

Ya estoy tranquilo, sereno;
este asunto se arregló.
Maridos que sois esclavos
de la conyugal union,
imitadme, y ya veréis
como lo pasais mejor.
Y vosotras, ¡oh mujeres!
tened de ellos compasion,
y dejad que se diviertan
como me divierto yo.
Esto es muy natural,
así siempre sucedió;
y el que diga lo contrario
es á la patria traidor,

está falto de cultura
y de civilizacion.
¡Oh cuánta dicha me espera!
ya con entusiasmo atroz,
bendigo á Blasco Garay
por su invencion del *vapor*.
Vé, esposa: me alegraré
que no des un tropezon
en la barra, y que en el Puerto
te halles á puestas de sol.
Ya quebranté mis cadenas...
soy libre... soy español.
Para gozar me preparo
de tan bella posicion.
Poco le falta á la hora,
pronto escucharé la voz
de aquella incauta Paulina
que en otro tiempo me amó,
va á llegar: me vuelvo loco
y siento que el corazon
aquí... dentro de mi pecho
bailar quiere una galop.
Joaquin, Joaquin, ven acá.
(*Llamando.*)

ESCENA XVII.

Dicho y Joaquin.

Joaq. ¿Qué se ofrece, mi señor?
Eduard. Acércate: voy á hacerte,

Joaquin, una observacion:
si cumples lo que te mande
y si no eres hablador;
si cuanto aquí veas, reservas
dentro de tu corazon;
si callas como una roca,
ese bolsillo te doy.

(*Le da un bolsillo y Joaquin lo toma.*)

JOAQ. Seré sordo como un trueno,
mudo como un facistol,
y si nó... juro poner
en mi boca un aldabon.

EDUARD. Bueno: además, me parece
que tienes inclinacion
á Rosa.

JOAQ. Sí, lo confieso
cual contrito pecador:
hace tiempo estoy por ella
ardiendo como un farol.

EDUARD. Pues bien, si cumples cual creo
siendo obediente á mi voz,
dentro de cuatro semanas
con ella á casarte voy.

JOAQ. Tanta dicha me confunde,
me eteriza... qué sé yo...
Mande usted: yo soy la Francia
y usted el Emperador.

EDUARD. Mira, á eso de las cuatro
llegará á esta habitacion
una jóven, prima mia:
de su llegada en loor

quiero obsequiarla con una
comida esquisita: pon
en este sitio la mesa.

JOAQ. Te convierto en comedor.
(*Mirando la habitacion.*)

EDUARD. Tú nos servirás, ¿entiendes?

JOAQ. Comprendo mi posicion...
ustedes quieren ponerme...
el... ya lo presumo yo.

EDUARD. Siempre fuistes un muchacho
de mucha disposicion.
¿Con que, accedes?

JOAQ. El que calla
otorga.

EDUARD. Adagio español.
Con que vé, Joaquin amigo,
colócate en el porton,
y cuando mires llegar
al ángel que aguardo yo...

JOAQ. ¿Qué señas tiene ese ángel?

EDUARD. Una cara de ilusion,
unos ojos que despiden
mas fuego que el Ecuador,
un pié de pulgada y media,
y sobre todo una voz...
Ella te preguntará
por mí; entonces con primor
y suma delicadeza
la traes á esta habitacion.

JOAQ. Convenido: del zaguan
vuelo á tomar posesion,

y esto lo sabrá tan solo
Dios, la niña, usted y yo.

ESCENA XVIII.

EDUARDO.

Paulina pronto está aquí,
mi esposa sigue otra senda...
hoy ni un ministro de Hacienda
puede compararse á mí.
Allá en el tiempo pasado
habia lealtad, no falsía;
pero lo que es en el dia
todo, todo ha cambiado.
Se piensa de otra manera
durante el siglo actual;
ahora es tonto el que es formal,
y es un sabio el calavera.
Así, si una alevosía
hago á mi cara mitad,
solo se dirá, en verdad,
que estoy á la órden del dia.

ESCENA XIX.

Dicho, PAULINA *y* JOAQUIN.

JOAQ. Aquí está esa señorita,
que en este instante ha llegado.
EDUARD. Paulina, ven; ya te esperan

llenos de pasion mis brazos.

PAULIN. He sido exacta.

EDUARD. Ya veo.

PAULIN. Llego á la hora de las cuatro.
Yo imaginé que de mí,
infiel, te habias olvidado.
Casi hace un mes que no vas
por la Isla de San Fernando,
donde sabes que te espero
llena de amor y entusiasmo.

EDUARD. ¡Ay, Paulina!... allí no he ido...

PAULIN. Por qué?

EDUARD. Porque... he estado malo,
he tenido un fuerte ataque
de pecho... un terrible pasmo.
He estado en cama seis dias,
convaleciente otros cuatro,
todos ellos suman diez,
(esto me parece exacto)
que es el tiempo que no veo
ese rostro idolatrado.
Joaquin, prepara la mesa.

JOAQ. En menos que canta un gallo
se encontrará todo listo:
traed una mesa, muchachos.

(*Varios criados preparan en medio del escenario una mesa con manjares y botellas.*)

EDUARD. En tanto, Paulina mia,
vamos un rato á sentarnos.
(*Se sientan.*)

PAULIN. ¿No te causa aburrimiento

el estar solo y aislado?
EDUARD. Aquí... vivo... con mi madre,
señora de muchos años,
muy opuesta al casamiento:
quiere que sea celibato.
PAULIN. ¿Y hemos de estar siempre así,
sin que nos casemos?
EDUARD. (Malo. *(Ap.)*
Qué ideas tan atroces trae.)
Los tiempos son tan escasos...
deja que cambie mi suerte.
PAULIN. Eso no me da cuidado,
lo que siento es otra cosa:
los hombres hoy son muy falsos,
y mas que falsos, hipócritas!
Fingen un amor volcánico,
que por regla general
existe solo en los labios.
EDUARD. Eso me enoja, Paulina,
yo jamás he sido falso.
Mi amor, es todo del reino
sin tacha de contrabando.
Si supieras la alegría,
el consuelo estraordinario
que tuve al leer tu carta:
ay! de placer... he llorado...
Mira, ¿ves ese pañuelo?
¿lo ves?
(*Saca el pañuelo que le dió Camila.*)
PAULIN. Ya lo estoy mirando.
EDUARD. Él recibió de mis ojos

dos... largos chorros de llanto.

PAULIN. ¡Cuánta pasion, cuánto fuego!
Ese pañuelo... empapado...
me pertenece... lo quiero....
lo decomiso, lo estanco.

EDUARD. Tómalo, Paulina mia,
como una memoria, guárdalo.
(Le entrega el pañuelo.)

PAULIN. ¿Qué estoy viendo? aquí una cifra
y no es la tuya: malvado.

EDUARD. (Ya, si es la de mi esposa. (*Ap.*)
¡Qué distraido, qué sandio!
mas un embuste le forjo.)
Eso no te dé cuidado.

PAULIN. Por qué?

EDUARD. Lo compré de lance
y acaso estaria marcado.

JOAQ. Cuando á ustedes mas le plazca
todo está listo.

EDUARD. Allá vamos.
(*Eduardo y Paulina se sientan á la mesa.*)
Buen aspecto tiene el pollo.
¡Qué olor tan embalsamado!
(Lo trincha.)
Le hago la autopsia en un vuelo
con cinco cortes bien dados.
¿Te gusta alon ó pechuga?

PAULIN. Lo que mas sea de tu agrado.

EDUARD. Yo la pechuga prefiero,
siempre estoy por lo mas blando.

JOAQ. (Me parece estoy haciendo (*Ap.*)

si nó el oso, el dromedario.)
(*Sirve Eduardo á Paulina.*)

PAULIN. Mil gracias.

EDUARD. ¿Sabes, Paulina,
lo que ahora estoy reparando?

PAULIN. El qué?

EDUARD. Que eres la mas bella,
el ángel mas adorado
que se encuentra desde aquí
hasta el Puente de Zuazo.

PAULIN. Galantería!

EDUARD. Verdad:
en esto soy yo muy claro.
Tienes, Paulina, unos ojos
hostiles, sedicionarios,
que dan á mi corazon
mas ardores que el verano.

PAULIN. Me vas á hacer sonrojar.

EDUARD. ¿A ver este amontillado?
(*Toma una botella y escancía un vaso á Paulina.*)

PAULIN. Muy poquito, me mareo.

EDUARD. Te marearás en mis brazos.
Brindemos.

PAULIN. Por nuestra dicha.

EDUARD. Por tus ojos soberanos.

ESCENA XX.

Dichos y EUSEBIO.

EUSEB. (Tu mujer está á la puerta.)
(*Aparte á Eduardo.*)

EDUARD. (¡Por vida del mismo diablo.)
EUSEB. (No sale el vapor: se ha roto
una rueda.)
EDUARD. (¿Y yo qué hago?
(En tono de apuro.)
¡Qué contratiempo! Oh qué idea!
sí... ya todo se ha arreglado.
Mira... dí en voces muy altas
que ahí está mi madre.)
EUSEB. *(En voz alta.)* Claro,
va á llegar tu madre.
PAULIN. Qué oigo?
EUSEB. Está en el zaguan, Eduardo.
PAULIN. Cielos! me verá. Qué se hace?
yo en este instante me escapo.
EDUARD. Te ve! si viene subiendo...
nada... entra en ese cuarto.
(Entra Paulina en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XXI.

EUSEBIO, EDUARDO, JOAQUIN.

EDUARD. Joaquin.
JOAQ. Qué?
EDUARD. Siéntate ahí!
(Le señala el asiento donde estaba Paulina.)
Pónte á comer.
JOAQ. Ya lo hago:
se supone.

EUSEB. Ya lo sé.
Estoy ya del todo al cabo.
EDUARD. Ahora que entre mi consorte:
(*Se sienta á la mesa.*)
ya sobre aviso me hallo.

ESCENA XXII.

Dichos: CAMILA *y* ROSA *por el foro.*

CAM. ¿Cuando tengo un sofocon,
estás... esposo... comiendo?
EDUARD. No, me estaba distrayendo
de mi penosa afliccion.
Créelo, esposa, y no te asombre,
aunque el manjar he gustado,
entre bocado y bocado
he dicho siempre tu nombre.
CAM. Jesus! qué muelle, qué infierno!
á poco mas... me derrito.
EDUARD. ¡Quién pensara!
CAM. Necesito
descanso... ó me descuaderno.
EDUARD. Cuánto lo siento, mi bien!
CAM. El vapor aquí se queda:
se le ha roto...
EDUARD. El qué?
CAM. Una rueda.
EDUARD. Maldita rotura amen;
¿y no hay faluchos?

CAM. Ninguno.
EDUARD. Góndolas habrá.
CAM. Ninguna.
EDUARD. ¿Calesas tampoco?
CAM. Ni una.
EDUARD. Pues habrá un coche...
CAM. Ni uno:
qué calor! quiero beber...
JOAQ. Allá va el amontillado.
(Cogiendo una botella.)
CAM. ¡Qué atroz! dáme un esponjado
con agua.
EDUARD. Vélo á traer.
(Joaquin va por ambas cosas.)
EUSEB. (Se tiene aquí que quedar
(Aparte á Eduardo.)
no hay buque ni carruaje
para que haga el viaje.)
EDUARD. Yo creo que me voy á ahogar.
CAM. Doctor, mi indisposicion
aumentará si me quedo?
EDUARD. El pulso... no tenga miedo,
en él hallo variacion.
(Entra Joaquin con el panal y el vaso de agua.)
JOAQ. Aquí está. *(Lo entrega y se va.)*
CAM. Esposo adorado,
véme tú dando el panal...
(Eduardo moja el panal y lo presenta á Camila.)
mas despacio...

EDUARD. (Voto á tal
que estoy para retratado.)
(Pone Eduardo el vaso sobre la mesa.)
CAM. Señores, voy á quitarme
el sombrero: ven Rosita...
EDUARD. (¡Casualidad mas maldita!)
CAM. Hasta luego.
EDUARD. Vé á ayudarle. *(A Rosa.)*
(Vanse Camila y Rosa por la izquierda.)

ESCENA XXIII.

EDUARDO, EUSEBIO.

EDUARD. Eusebio? cómo escapar?
EUSEB. Deja, en un instante vuelvo:
no des paso alguno hasta
que esté yo aquí.
EDUARD. Sí, muy bueno.
(Vase Eusebio por el foro.)

ESCENA XXIV.

EDUARDO.

¿Que lo deje todo así?
no señor, no estoy por eso;
hasta que Paulina salga
de su improvisado encierro
y esté á dos leguas de aqui
no puedo tener sosiego:

ahora me dejan el campo
libre, y me aprovecho de ello,
saco á Paulina de allí
y en andando bien ligero
con suma facilidad
la pongo fuera de fuego;
la ocasion es oportuna,
no debo abrigar recelo.
Sal ya... paloma enjaulada:
ahora el campo está desierto.

ESCENA XXV.

Dicho y PAULINA.

PAULIN. Aquí estoy.
EDUARD. Ponte en camino
y no pierdas ni un momento.
PAULIN. ¿Me querrás siempre?
EDUARD. Muchisimo!
(Ahí viene mi esposa.... cielos.)
(Vase corriendo por el foro: y quedan en la escena Paulina y despues Camila.)

ESCENA XXVI.

CAMILA, PAULINA.

PAULIN. Se va y me deja, está loco.
CAM. Algo mejor ya me siento.
(Qué querrá aquí esta mujer?)

PAULIN. (Su madre... válgame el cielo!
yo me voy, me voy corriendo.)
(Hace ademan de irse.)

CAM. Escuche usted, señorita.

PAULIN. (Me detiene... tengo un miedo!)

CAM. ¿A quién venia usted buscando?

PAULIN. (Si tuviera atrevimiento,
se lo declaraba todo
y se acababa el enredo.)

CAM. Es usted sorda?

PAULIN. No tal.
Venia á un asunto muy serio.
Me llamo Paulina Alpiste,
viuda de un habanero
que se llamaba Hilarion
Mosquetes y Pino Seco:
al año de matrimonio
dió en padecer de los nervios
y se marchó al otro mundo
sin que lo evitara el médico:
así es que soy viuda.

CAM. A dónde irá á parar esto? *(Ap.)*

PAULIN. Pertenezco á la marina...

CAM. Hija! qué está usted diciendo?

PAULIN. Quiero decir, que nací
en la Isla.

CAM. Ya comprendo.

PAULIN. Se murió, pues, mi marido;
yo le lloré mes y medio,
que al fin el llanto se acaba
y es preciso distraernos

para olvidar pesadumbres
de tan formidable peso:
estuvo mi pobre alma
casi seis meses sin dueño,
seis meses de cesantía
que me han parecido ciento;
por fin, un jóven galante,
muy apreciable mancebo,
el corazon me pidió
y yo se lo dí al momento....
oh! perdone usted, señora,
si aquí mismo le revelo
la historia de estos amores
que me han trabucado el seso.

CAM. (Esta muchacha está loca!
ella acabará, esperémos.)

PAULIN. Todas las noches venia
á jurarme amor eterno...
hasta que por fin me dió
palabra de casamiento.
Ah! si usted me perdonara,
si usted propicia á mis ruegos
autorizara este amor
tan puro como sincero.

CAM. Pero, qué tengo que ver?
qué puedo yo hacer en eso?

PAULIN. Si usted, señora, supiera
quién es el dicho mancebo,
si le dijese su nombre...

CAM. Dígalo usted.

PAULIN. No me atrevo...

si me prometiera usted
no enojarse...

CAM. Lo prometo.

PAULIN. ¡Qué bondad tan estremada!
pues, señora ese mancebo
es...

CAM. Quién es?

PAULIN. Su hijo de usted.

CAM. Ha perdido usted el seso?
yo no tengo hijo ninguno
ni los tendré, porque el médico
ha dicho que mi organismo
es impropio para eso.

PAULIN. Tiene usted valor, señora,
para negar lo que es cierto?
con que Eduardo, no es su hijo?

CAM. Mi hijo Eduardo? qué empeño!
(Riendo.)

PAULIN. Entonces él qué es de usted?

CAM. Mi esposo.

PAULIN. Su esposo!... cielos!
(Con cólera.)
eso es mentira, mentira,
profanacion, sacrilegio.
Usted quiere arrebatármelo:
él me ha dado juramento
de unir su suerte á la mia...

CAM. Santo Dios! qué estoy oyendo?

PAULIN. La verdad.

CAM. Perjuro esposo!

PAULIN. Hombre falso!

CAM. Infiel!
PAULIN. Protervo!
CAM. Fementido!
PAULIN. Ingrato!
CAM. Pícaro!
PAULIN. Venganza, venganza, cielos!
somos rivales las dos,
oye usted?... nos batirémos.
CAM. Esta mujer es un tigre,
es... el cólera... el infierno...
PAULIN. Una ha de morir.
CAM. Me ahogo,
se me desatan los nervios.
Rosa, Joaquin, venid pronto.
PAULIN. Cállese usted.
CAM. Yo fallezco.

ESCENA XXVII.

Dichas y EUSEBIO, *luego* ROSA *y* JOAQUIN.

EUSEB. Pues ya está la fiesta armada.
CAM. Rosa... Joaquin... yo me muero...
(Cae en una silla: Rosa y Joaquin se ponen á su lado.)
EUSEB. Ya está usted viendo el estrago
que aquí su presencia ha hecho.
ROS., JOAQ. Qué es esto, qué ha sucedido?
PAULIN. Me ha engañado! *(A Eusebio.)*
EUSEB. Ya no hay medio.
ROS. Joaquin, traiga usted un pomito

de éter.

JOAQ. Dónde está?

ROS. Allá dentro.

(*Vase Joaquin y vuèlve con el pomo.*)

EUSEB. Olvide usted á Eduardo,
está casado, es lo cierto:
sosiéguese usted y aléjese
de este sitio ya funesto
para su alma.

PAULIN. Qué ingrato!

EUSEB. Lo ha sido sí, lo confieso:
retírese usted, señora...

PAULIN. Sí, me iré, ya me convenzo;
pero yo me vengaré
con el puñal ó el veneno...
Adios casa fementida
que me arrebatas mi dueño,
mi execracion caiga en tí...
me voy... á llorar...

EUSEB. Bien hecho,
es muy bueno desahogarse.

Al tiempo de irse Paulina entra Eduardo, se miran los dos, y Paulina con tono destemplado dice:

PAULIN. Bárbaro amante!!! (*Vase.*)

EDUARD. Qué es esto?

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y EDUARDO.

JOAQ. Vuelve ya.

ROS. Sí... me parece
que el éter va ya absorbiendo.
EUSEB. Joaquin y Rosa... prudencia,
y sobre todo silencio,
á todo cuanto yo diga
dad seguro asentimiento.
CAM. Qué rato me ha hecho pasar
esa víbora!
EDUARD. Qué es esto?
EUSEB. Cállate... tronó la nube.
EDUARD. Pero y qué?
EUSEB. Tengo un proyecto
que os vuelva la dicha, Eduardo,
y sobre todo el sosiego.
CAM. Mi esposo infiel! felonía!
EDUARD. No oyes lo que está diciendo!
CAM. Oh doctor! con que es verdad
que mi esposo me ha engañado?
EUSEB. Lo cierto es que usté ha curado
de un todo su enfermedad.
EDUARD. Que está diciendo?
EUSEB. Señora,
necesario ha sido obrar
así, para conjurar
esa fiebre abrasadora:
todo ha sido una ficcion,
esa enfermedad impía
solo curarla podria
una terrible impresion.
CAM. De modo que esa mujer,
y todo cuanto aquí he visto...

EUSEB. De antemano estaba listo
para impresionar su ser;
de los celos el tormento
tanto á usted la ha trastornado,
que de un todo la ha curado.

CAM. Qué hombre de tanto talento!
y yo que fuí á dudar
de Eduardo...

EUSEB. Vé tu ahora. (*A Ed.*)

EDUARD. Dudar! mi bien, mi señora.

CAM. Se acabó, vénme á abrazar,

EDUARD. Sí, tesoro idolatrado,
iman de mis simpatías.
(*A Camila.*)
(Amigo mio, te has portado,
eres mi luz, mi Mesías.)
(*Aparte á Eusebio.*)
Y en prueba de lo que digo
haré á todos comprender,
cuán magnífico es tener
para un apuro un amigo.

FIN.